

alemana, que veía perdida su independencia, y la decisión tomada por un gran número de obispos de defender sus tradiciones contra el sistema pontificio absolutista, que quería dar el último paso hacia los objetivos que hacía años venía persiguiendo con igual constancia. El sínodo nacional de Worms, que destituyó a Gregorio VII porque quería acabar con la autoridad de los obispos, constituía por sí solo una protesta contra las falsas decretales de Isidoro y contra todo lo que de ellas se había derivado. Pero esta protesta era demasiado tardía si un poder enérgico no la apoyaba, y no podía remediar lo que entretanto había acontecido. El exaltado entusiasmo religioso de la época estaba en favor de Gregorio VII, y este lo comprendió así cuando en 22 de febrero de 1076 contestó a la destitución decretada en Worms lanzando la excomunión contra Enrique IV y dando con ella la señal para el desencadenamiento de todas las pasiones políticas y religiosas. Los efectos que tal medida produjo excedieron a todas las esperanzas que hubiera podido concebir Gregorio, pues destruyeron de un solo golpe todos los triunfos conseguidos durante los últimos meses por Enrique IV y conquistaron para la Iglesia aliados ganosos de lucha y dispuestos al sacrificio en los adversarios políticos que de nuevo se levantaron contra Enrique en Alemania. Los sajones se alzaron otra vez en armas, poniéndose al frente de ellos Oton de Nordheim, que últimamente se había aliado con el monarca y que había sido objeto de grandes consideraciones en la corte. En la Alemania meridional se levantaron Rodolfo de Suabia, el descontento Welfo III, los Zahringers y otros magnates. En los territorios del Alto Rin también obtuvo la preponderancia la oposición, que se alió con los sajones para proceder a una acción común. Indudablemente estaba Enrique decidido a defender su situación en una nueva lucha; pero como los obispos, apurados entre los mandatos conminatorios del papa, — que amenazaban con la excomunión y la destitución a cuantos tuvieran relaciones con el excomulgado monarca, — y los príncipes y nobles laicos que estaban en favor del pontífice se apresuraron a someterse a Roma y a librarse por medio de penitencias canónicas de la excomunión, para conservar sus cargos y sus posesiones, Enrique perdió el apoyo que últimamente le había hecho triunfar de los sajones. La fidelidad de las ciudades rhinianas y los recursos que le proporcionaban los ricos dominios de su familia en aquellas comarcas, no eran medios bastantes para sostener una lucha de tal magnitud; por esto se decidió a entrar en negociaciones, con lo cual pudo darse por segura su derrota. En octubre de 1076 reunieron los príncipes alemanes en Tribur en presencia de los legados pontificios. Enrique no pudo, como excomulgado, asistir a esta reunión; así es que se quedó en la vecina villa de Oppenheim. Es cierto que en Tribur se le quiso desposeer del trono, siendo probable que debiera su salvación, y por qué no decir su perdón? a la defensa del abad Hugo de Clugny, confesor de Inés, la madre del rey, y a los esfuerzos de la comunidad por este presidida, que veía en Enrique al hijo de Enrique III, que tan bien había merecido de la Iglesia, y que le aplicó, aunque en silencio, las palabras pronunciadas por Oton I, el cual hablando de Juan XII había dicho: «Es aun joven y el consejo de hombres inteligentes le corregirá.» Enrique, comprendiendo que de otra manera perdía la corona, se sometió a las condiciones que le impusieron los príncipes de acuerdo con el papa, por mas que fuesen excesivamente duras y humillantes para la monarquía apenas regenerada. A principios de febrero de 1077 debía celebrarse en Augsburgo una dieta con asistencia de Gregorio VII para terminar con su decisión la lucha en que estaba el rey con los príncipes; hasta entonces, Enrique debía residir en Espira y

abstenerse de todo acto de gobierno; si en el plazo de un año no había logrado libertarse de la excomunión, perdería todo derecho a la soberanía y debía quedar, sin otra fórmula, destituido, lo propio que si quebrantaba cualquiera de las condiciones en este tratado consignadas. Al propio tiempo se le desarmó, privándole de todos sus auxiliares; se mandó a la guarnición real que había en Worms evacuar esta ciudad, con lo cual se privó a Enrique de su principal apoyo en las comarcas del Alto Rin. Se le previno que no admitiese a su lado a los obispos que todavía, a pesar de las conminaciones del papa, estaban a favor del monarca, todos los cuales, principalmente Anno de Colonia, fueron citados para emprender una peregrinación de penitencia a Roma. Enrique se obligó también a alejar de la corte a sus consejeros íntimos, a los auxiliares de sus esfuerzos tan repentinamente malogrados.

¿Qué pasó en el alma de este joven soberano, poco antes dueño absoluto de poderosa soberanía y embriagado con la idea de grandiosos proyectos, cuando, después del tratado, se dirigió a Oppenheim seguido de un escaso acompañamiento? En aquella desesperada situación mostró, sin embargo, Enrique un talento claro, una decisión firme, una actitud enérgica que demostraron que no era un adversario despreciable y que sabía enmendar una falta cometida, y aun, en la posición más desventajosa, colocarse en un punto de vista que le ofrecía nuevos horizontes. No cabía deshacer lo hecho ni destruir el sínodo nacional de Worms; pero era posible aminorar sus terribles consecuencias confesando públicamente la injusticia cometida y librarse de la excomunión haciendo la debida penitencia canónica. Como no habían desaparecido todas las probabilidades de sacar a la monarquía del profundo abismo en que se encontraba, era preciso evitar a toda costa que entrara en la cuestión alemana la decisión arbitral que el papa había anunciado en Tribur. Dejar que esta se publicara, reconocerla y llevarla a cumplimiento, aun en el supuesto de que las cosas tomaran, contra lo que era de esperar, sesgo tan favorable, hubiera sido hundir en el polvo la monarquía alemana y reconocer para siempre la soberanía del papa sobre el rey de Alemania y la de la Iglesia sobre el Estado. El monarca solo podía conseguir su propósito humillándose como hombre y obteniendo que se le levantara la excomunión, no solo antes de que trascurriera el plazo que se le había fijado, sino antes de que llegara el término que se había señalado para la reunión de la dieta de Augsburgo. Del arreglo de Tribur se desprendía, aun cuando esta manifestación no se había consignado expresamente, que el levantamiento de la excomunión, que de continuar traía como consecuencia la destitución, significaba el inmediato alzamiento de la suspensión de ejercer actos de gobierno. Al tomar la resolución que tomó y al proceder como procedió, hizo Enrique lo único que políticamente debía hacer, y no puede considerarse como mengua suya el haber tenido valor moral suficiente para llevar su decisión a cabo. La exactitud de su juicio y la prudencia política de su conducta están confirmadas por el desconcierto que en las filas de sus consternados adversarios produjeron su resolución y la rapidez con que la llevó a efecto. Así fué como sucedió la célebre peregrinación de Enrique IV a Canosa.

En lo más crudo del invierno emprendió el rey su penoso viaje al través de los hielos y las nieves que cubrían los Alpes, acompañado de su esposa Berta, de quien en otro tiempo había querido divorciarse y que había sido su leal y noble compañera en aquel período de prueba. Llevó también consigo a su primogénito, llamado como su abuelo Conrado, y a algunos aunque pocos fieles servidores. Los peregrinos tomaron el camino de Borgoña, por Besançon y el Monte

Cenis, pues el del Sur de Alemania estaba obstruido por sus enemigos. Cuando los viajeros, a quienes prestó valiosos auxilios el hermano de la reina Berta, Amadeo II de Saboya, descendieron extenuados a las llanuras de Italia, la decisión de Enrique se vio sometida a una dura prueba, pues los muchos adversarios que en Lombardía tenía el gregoriano, laicos y eclesiásticos, le recibieron con júbilo y se manifestaron dispuestos a reconocerle como su caudillo y a auxiliarle con dinero, armas y tropas para vencer a la curia romana. ¿Cómo salió Enrique de esta prueba? ¿Presentándose, no como penitente, sino como juez severo y como emperador y obligando, apoyado por los obispos lombardos y por su partido, a hacer cumplir los decretos de los sínodos de Worms y de Piacenza? Esto era lo que esperaban los amigos y lo que temían los adversarios. El mismo Gregorio VII, que se había dirigido a la Alta Italia para pasar luego a Alemania y presentarse como juez árbitro en Augsburgo, y que hasta entonces había esperado en vano la escolta que le habían prometido los príncipes, al tener noticia de la sorprendente llegada de Enrique a Italia, temió ser víctima de un golpe de mano y retrocedió precipitadamente ocultándose, presa de temerosos cuidados, detrás de los muros de la fuerte Canosa, castillo patrimonial de los marqueses tuscos, donde fué acogido respetuosamente por la devota Matilde, y donde se encontró con Adelaida de Susa, madre de la reina Berta, y con el abad Hugo de Clugny. La causa del papa presentaba en aquel momento mal aspecto, pues Enrique había podido responder al llamamiento de los lombardos, ponerse al frente de las tropas que estos le ofrecían, sitiar al papa en Canosa, dirigirse luego a Roma, proceder en esta ciudad, con el auxilio de los muchos descontentos, al nombramiento de un nuevo pontífice, y aliarse luego con Roberto Guiscardo. De la misma manera que, en otro tiempo, Oton el Grande había dominado al pontificado y puesto a la Iglesia romana al servicio de la monarquía, podía Enrique en aquel momento supremo concebir la idea de sojuzgar al papado y reducir a la obediencia a los rebeldes príncipes alemanes. Pero supo resistir la tentación y no se atrevió a acometer una empresa tan arriesgada, en la cual, oponiéndose a las corrientes religiosas de la época, podía perderlo todo. Por esto prosiguió resignado el camino que había emprendido antes de que los lombardos se levantaran en favor suyo, animado por la noble creencia de que sus adversarios, después de verle puesto en el terreno que le habían señalado, permanecerían noblemente en él y cumplirían por su parte las condiciones que ellos mismos le habían impuesto. ¿Quién puede censurarle por ello? Pero, ¿quién puede afirmar que Enrique se hubiera conducido de esta suerte a haber sabido que iba a ser engañado de una manera tan infame?

El día 25 de enero de 1077 llegaron el rey y los que le acompañaban a Canosa, y allí le fué negado el permiso que solicitó para entrar en la residencia del pontífice. Pasó también el 26 y el 27 a las puertas del palacio; la dureza de Gregorio no conocía la compasión: en sus planes de soberanía universal, había el papa perdido todo sentimiento de caridad, y permaneció impasible ante el conmovedor espectáculo que ofrecía el monarca penitente. Los mismos que rodeaban al pontífice no pudieron dominar su disgusto y le acusaron por su tiránica dureza y crueldad. Enrique se preparaba ya a emprender el viaje de regreso, cuando Gregorio cedió por fin a las reiteradas instancias de la marquesa de Tuscia y de Hugo de Clugny y se mostró dispuesto a levantar la excomunión que sobre Enrique pesaba mediante algunas condiciones conciliadoras. Bien puede asegurarse que no se equivocan los que opinan que el papa, al tomar esta resolución, lo hizo movido por consideraciones de prudencia

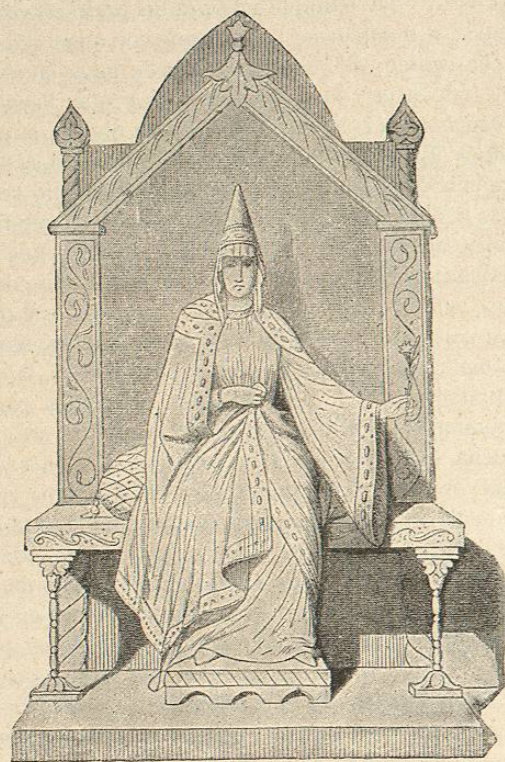
política, pues si Enrique, — que había hecho todo cuanto podían pedir los más severos partidarios de la Iglesia, y aun más, — se retiraba sin esperar la absolución y lejos de rechazar las ofertas de los lombardos hacia causa común con ellos contra Gregorio, aliándose además con los romanos y con los normandos, podía estallar la crisis que tanto había temido el partido jerárquico al presentarse el rey en Italia, y aun con peores consecuencias que entonces, porque Gregorio por su implacable dureza había perdido gran parte de las ventajas que su situación ofrecía a los ojos del mundo. El papa, por medio de arreglos diplomáticos ambiguos, reconquistó la ventaja que le había hecho perder la sorprendente peregrinación a Canosa que Enrique había emprendido como resultado de un prudente cálculo político. Ignoramos por qué medios obtuvo que Enrique aceptara un pacto en virtud del cual volvía a desaparecer todo lo que con aquel hábil paso había conseguido; debieron sin duda de pesar en el ánimo del rey influencias que no conocemos y que, llenando de temor religioso su conciencia, le hicieran olvidar la prudencia política. En el convenio que, en 28 de enero, acordaron los plenipotenciarios de Enrique y los de Gregorio se impuso al rey la obligación de dar, dentro del plazo que fijara el papa, una satisfacción a los príncipes alemanes que contra él se habían rebelado o de llegar a una inteligencia con ellos. Añadíase que, en caso necesario, se prorrogaría este plazo, y que si el papa, con motivo de estas negociaciones, tenía que ir a Alemania, se le daría la conveniente escolta, la cual se facilitaría también a los embajadores pontificios para ir y venir libremente. En otros términos: Gregorio era árbitro en la lucha entre Enrique y los príncipes alemanes y tenía, como tal, el derecho de presentarse en Alemania, que era precisamente lo que el monarca quería a toda costa evitar. Cuando ambas partes hubieron firmado este convenio, abriéronse al rey las puertas interiores del castillo de Canosa: Enrique, con los demás excomulgados, entró en las habitaciones del papa y llorando se prosternó a los pies de Gregorio VII. No sin cierta emoción oyó este la confesión del monarca, le absolvió y le condujo a la capilla del castillo, donde le dió el beso de paz y celebró la misa. Después de una comunión general, de oír nuevos consejos y de recibir la bendición del papa, salió Enrique aquella misma tarde del castillo de la marquesa tusca profundamente disgustado, así es de suponer, por el resultado de las negociaciones de Canosa, que no correspondía en manera alguna al que había creído conseguir cuando resolvió emprender la peregrinación.

Si se examina el curso de los sucesos que se desarrollaron desde Tribur y Oppenheim hasta Canosa, preciso será confesar que no correspondió a los deseos y esperanzas de Enrique IV y ni siquiera a los de Gregorio VII, por cuyo motivo uno y otro tenían razón para considerarse defraudados en sus ilusiones. Esto consistía no tanto en lo que entre el rey y el papa se había tratado como en lo que sin su concurso inmediato había sucedido, creando una situación contraria a sus intenciones y a sus proyectos. Enrique se había humillado como hombre, sometiéndose al yugo de la Iglesia para reconquistar, lo más pronto posible, la aptitud de gobernar de que había sido provisionalmente desposeído, y Gregorio VII había hecho depender el levantamiento de la excomunión del cumplimiento de algunas condiciones que nada tenían que ver con la razón que había motivado la excomunión de Enrique. No podía ocultarse a ninguna mirada escrutadora que para el papa no se había tratado de obtener la enmienda del rey ni de defender contra injustos ataques los derechos de la Iglesia, sino única y exclusivamente de adquirir poder temporal. Con razón podía echarse en cara que solo buscaba un pretexto para tomar par-



tido, á pesar del levantamiento de la excomunion del rey, en favor de los príncipes alemanes rebeldes, pues la victoria de estos sobre la monarquía era condicion esencial para la realizacion de sus planes jerárquicos. Y aun cabe la duda de si esta evolucion correspondia á las primitivas intenciones de Gregorio, ó de si con ella mas bien cedió á cierta presion que sus aliados alemanes ejercieron en sus resoluciones, ó de si se sometió á un hecho consumado y por estos llevado á cabo, que, sin intervencion por su parte, no le dejaba mas recurso que el de reconocerlo.

La noticia de haber llegado á Italia Enrique, produjo en el ánimo de los adversarios que tenia en Alemania tanta consternacion como en el Sur habia producido en el de los



Retrato de la marquesa Matilde.  
Copia de una miniatura de un manuscrito de la época, que se encuentra en la biblioteca del Vaticano

gregorianos. Comprendióse perfectamente cuál era la intencion que llevaba Enrique al dar este paso y se reconoció cuán exacto era el cálculo que habia servido de fundamento para ello. Si el papa se atenia á los arreglos de Tribur y de Oppenheim, Enrique, una vez levantada la excomunion, entraba de derecho en la plena posesion del poder real y los príncipes, si no querian violar públicamente el tratado, no tenían mas remedio que prestarle, como jefe del imperio, obediencia en todo aquello que no se rozase con la antigua lucha, cuya solucion estaba confiada á la sentencia arbitral del papa. De esta manera quedaban destruidos todos los proyectos de los jefes de la oposicion; por lo cual resolvieron no dejar que llegara este caso y desentenderse lo mas pronto posible del tratado, aun cuando para ello tuvieran que violarlo abiertamente. En la misma época en que Enrique IV llegó á la Alta Italia, sus adversarios alemanes celebraron consejo para ver de parar el golpe que les amenazaba. A mediados de febrero reuniéronse los príncipes alemanes en Ulm; pero no parece que tomaran resolucion alguna. Cuando despues se supo por comunicacion de Gregorio VII lo que habia sucedido en Canosa, se creyó que de la queja que expresaba relativamente á la tardanza de la escolta prometida

para el viaje á Augsburgo, sin la cual no podria el papa llegar oportunamente á Alemania, podia fundadamente deducirse que cualquier acto que se intentara contra el rey habia de ajustarse á las ideas de Gregorio VII, el cual no lo desaprobaba ni dejaria quizás de apoyarlo. La exhortacion que Gregorio les hacia á persistir en la obra comenzada no podia significar otra cosa, tanto mas cuanto que Gregorio declaraba su propósito de ir muy pronto á Alemania. Los reunidos en Ulm convinieron, pues, en convocar á todos los príncipes del imperio para que se encontraran el 13 de marzo en Forchheim, invitándose á Gregorio á que personalmente ó por medio de plenipotenciario tomara parte en las disposiciones que allí se adoptasen. Los personajes que dirigian el movimiento habianse puesto ya de acuerdo en Ulm acerca de lo que debia hacerse en Forchheim, y por esto prepararon las cosas de manera que pudieran contar con la seguridad del éxito, y que los príncipes que se reunieran en Forchheim, creyendo tomar libremente una decision, hicieran tan solo lo que querian precisamente los hombres que dirigian la intriga. Esta salió á medida de sus deseos. En efecto, el 13 de marzo no solo los que habian tomado parte en los trabajos preliminares de Ulm sino algunos otros príncipes y obispos presididos por Sigifredo de Maguncia, en número de trece, se encontraron en Forchheim, á donde acudieron tambien precipitadamente los esperados legados pontificios. A pesar de que estos hicieron notar la conveniencia de aplazar hasta la llegada del papa la eleccion de un nuevo rey, eleccion que los príncipes, despues de formular nuevas acusaciones contra la tiranía de Enrique, consideraban como el único medio de salvar el imperio, el congreso de Ulm, dirigido por el arzobispo de Maguncia, acordó proceder desde luego al nuevo nombramiento fundándose en que hacia un año que el imperio se encontraba sin jefe, en que los juramentos prestados á Enrique IV habian sido declarados nulos y que habian caducado á pesar de la absolucion. Los votos de los príncipes eclesiásticos recayeron en favor de Rodulfo de Suabia; de los príncipes laicos algunos quisieron hacer depender su asentimiento á la eleccion de la obtencion de ciertas ventajas; pero hubieron de renunciar, á instancias de los legados, á estas pretensiones simoníacas. De manera que el duque de Suabia debió su eleccion al trono á la curia romana, con la cual, por lo mismo, tuvo que mostrarse pródigo. El nuevo rey se obligó á atenerse estrictamente á la eleccion canónica en punto á colacion de obispados, concediendo á los así elegidos las regalías convenientes, sin compensacion alguna y sin la ceremonia del báculo y del anillo. Los príncipes laicos, á su vez, supieron aprovechar aquel momento favorable para debilitar la monarquía, haciendo que fuera reconocido como principio constitucional del imperio el hecho de que la corona alemana solo podria conferirse por eleccion y de que los hijos de los que la ciñeran no tendrian sobre ella derecho hereditario alguno.

Aquí se ve quién era en aquel período el mas contrario á Enrique y el que mas interés tenia en promover la revolucion que se producía. Lo que los legados pontificios obtuvieron del nuevo rey para la Iglesia no era una exigencia exagerada, por mas que limitara notablemente el derecho del monarca tal como hasta entonces habia sido ejercitado. Dejose á Rodulfo, respetando la eleccion, que dispusiera de los recursos temporales de los obispados alemanes, aunque solo por la razon de que sin estos no tenia el nuevo rey probabilidad alguna de triunfar de Enrique y no podria, por tanto, prestar los servicios que de él se esperaban. La oposicion de los príncipes alemanes pensaba de muy distinta manera; así es que inmediatamente exigió del nuevo elegido el

reconocimiento solemne de su derecho electoral y se apresuró á destruir ante todo la odiada monarquía hereditaria, en la cual siempre habia visto con temor la causa del crecimiento del poderío sálico.

Esto decidió del porvenir de Alemania durante algunos siglos.

#### CAPITULO IV

GUERRA CIVIL ALEMANA EN TIEMPO DE ENRIQUE IV

(1077-1106)

A pesar de lo razonados que fueron los motivos políticos que indujeron á Enrique IV á emprender su peregrinacion á Canosa, el éxito no habia correspondido á las esperanzas del monarca. En efecto, no pudo evitarse que el papa proferiera sentencia arbitral en la lucha con los príncipes alemanes, y en lugar de dejarle volver, una vez levantada la excomunion, á entrar en el goce de su soberanía, los príncipes reunidos en Forchheim habian proclamado la monarquía electiva, declarando la guerra á muerte á la monarquía hereditaria sálica. Lo que habia sido una sumision personal del rey á la autoridad moral de la Iglesia, convirtiase en una humillacion política del monarca, en virtud de la cual se reconocia justa y verdadera la doctrina jerárquica de la subordinacion del Estado á la Iglesia, la sumision de toda autoridad terrenal á la celestial que se encarnaba en el obispo romano. Por fortuna de Alemania y del mundo, la monarquía alemana disponia de una multitud de recursos para disputar su derecho á este orden de cosas nacional y universal establecido por el papa y para reconquistar la soberanía, y Enrique IV, en la lucha que se encendió en seguida, demostró casi tanta perseverancia, energía, prudencia y moderacion, como inconstancia, despotismo y violencia habia hasta entonces demostrado. Enfrente de las pretensiones romanas, encontramos en Enrique un rasgo nacional, y en oposicion á la infame codicia de sus adversarios alemanes vemos en él inteligencia y noble solicitud por el bienestar general y especialmente por la prosperidad del plebeyo. Rechazado por la Iglesia y combatido por los medios mas repulsivos, supo conquistar y conservar las mas calurosas simpatías y la agradecida adhesion, que le acompañó hasta el sepulcro, de las clases del pueblo alemán que hasta entonces no habian tomado parte alguna en la vida política y que veian en él á su sabio y leal bienhechor y protector. La expedicion á Canosa fué el punto de partida de una lucha gigantesca en la que no solo se trató de resolver la contienda entre el imperio y el pontificado, entre la monarquía y los príncipes, sino que preparó, con el cambio político, una revolucion social en Alemania.

En vano solicitó Enrique IV de Gregorio VII una declaracion contra Rodulfo de Suabia y contra sus electores: la contestacion á esta solicitud fué que no podia condenarse sin oírlos. El papa consideró como un crimen el hecho de que el monarca aceptara entonces los ofrecimientos de los lombardos para unirse en lucha comun contra Gregorio, ofrecimientos que antes habia rechazado. Enrique se apresuró á dirigirse á Alemania, donde estalló una gran guerra civil. Sajonia abrazó naturalmente la causa del usurpador. En Baviera, Franconia y Suabia, lucharon los partidos con suerte varia y con apasionamiento cada vez mayor, devastando de un modo horrible estas comarcas. En semejante lucha, apoyóse especialmente Enrique en los leales y monárquicos habitantes de las ciudades del Rin y del Danubio, cuyas libertades recientes, segun lo demuestran los últimos acontecimientos, prosperaron y sucumbieron con la causa de la monarquía. A su lado estuvo tambien la baja nobleza,

ESTADOS DE OCCIDENTE

que desde los tiempos de Conrado II veneraba en el rey al defensor de sus bienes y de su libertad contra el despotismo de los grandes señores. Enrique contaba además con muchos partidarios en el clero, no tanto entre los obispos,—que por sus intereses religiosos y terrenales permanecian adictos al pontificado y á los príncipes aliados de este,—como entre los párrocos, los cuales á pesar de las reformas gregorianas no habian roto los lazos naturales que les unian con sus feligreses y antes al contrario participaban de los esfuerzos y deseos del pueblo. En medio de los horrores de esta lucha civil y religiosa, que en algunas comarcas llegó á tomar el carácter de guerra salvaje de todos contra todos, los partidos beligerantes, aprovechando los largos intervalos de tregua, pudieron concentrar sus fuerzas para una gran batalla y hacer una tentativa para derrotar definitivamente á sus adversarios. En las comarcas del Neckar y del Main ocurrieron repetidos combates, en los cuales procuró Rodulfo, auxiliado por sus aliados los sajones, arrojar á Enrique de la fuerte posicion que ocupaba en el Alto Rhin y en el Rhin central. En el verano de 1077 Rodulfo atacó, aunque en vano, á Wurzburg; en una segunda tentativa hecha con igual objeto en 7 de agosto de 1078, trabóse junto á Melrichstadt una sangrienta batalla que quedó indecisa, pues mientras Enrique por un lado obligó al archiduque Magnus y á los obispos sajones á emprender la fuga, la otra ala de su ejército tuvo que ceder ante los repetidos ataques de Oton de Nordheim y de los sajones. Estos al anochecer quedaron dueños del campo, pero sin haber conseguido una ventaja definitiva, porque la parte de sus fuerzas que habia sido vencida no solo emprendió la fuga sino que, sorprendida en el camino de Turingia por las poblaciones sublevadas en favor del rey, sufrió mayores pérdidas de las que habia sufrido en el campo de batalla. En esta sorpresa fué muerto el arzobispo Wezilo de Magdeburgo; otros fueron robados quedando medio desnudos y algunos fueron hechos prisioneros con el intento de exigir por ellos un crecido rescate, y de estos últimos, algunos fueron entregados al rey. A consecuencia de esta batalla alojáronse un tanto los lazos que unian á los enemigos eclesiásticos y seculares de Enrique, pues estos últimos acusaban, no sin razon, á los primeros de que con su precipitada é insensata fuga habian sido causa del mal éxito de la jornada á pesar de haberse conseguido la victoria. Este hecho quedó, en cierto modo, compensado por la derrota que sufrió, en Neckar, un ejército de doce mil aldeanos con los cuales quiso Enrique atajar la marcha de la caballería suaba, que se dirigia hácia el Rhin. Los vencedores en este combate se mostraron excesivamente crueles con los vencidos que sobrevivieron, como si previeran cuán funesta habia de ser para ellos y para sus compañeros la fuerza de estos aldeanos. Despues de estos combates de indeciso resultado, retrocedieron ambas partes á los territorios en donde cada una tenia sus principales recursos y prosiguieron con crueldad suma la pequeña guerra.

Enrique, en esta situacion peligrosa, procuró hacerse con nuevos partidarios. Por aquel tiempo (1079) casó á su hija Inés, niña todavia, con el noble suabo Federico de Hohenstaufen, de la familia de los condes de Buren, y cedió á este el ducado de Suabia, que habia que conquistar con la fuerza de las armas, asegurando á cambio de tal cesion las posiciones que en el Rhin ocupaba Enrique contra los ataques de sus adversarios de la Alta Alemania. Desde aquel momento estalló tambien con gran intensidad la lucha en Suabia, pues el usurpador Rodulfo envió al zahringo Bertoldo para combatir contra el de Hohenstaufen y reconquistar el ducado á este cedido. Enrique quiso de nuevo emprender la ofensiva y procuró someter á Sajonia en una campaña de invierno;